

EXÁMEN.

Acerca de los actos de despertar y levantarse.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo sujetándose á todas las necesidades del hombre. El duerme, se despierta y de nuevo se levanta como nosotros; mas El ejecuta estas acciones con disposiciones admirables: El renueva entonces las que le ocuparon en su primera venida al mundo, el día de su Encarnacion, y previene las que tendrá á su salida del sepulcro el día de su Resurreccion. Con aquel amor con que salió de su reposo de que gozaba en el seno de su Padre, para venir á trabajar sobre la tierra; con aquel desprendimiento del siglo, aquella separacion de las criaturas, y aquel ardor de reunirse á su Padre al volver á su amable seno. Tales son las divinas disposiciones de que Jesucristo se ocupaba todos los días en sus acciones de despertarse y levantarse. Adorémosle, aprovechándonos de su ejemplo para comenzar cristianamente cada nuevo día.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo nos comportamos nosotros al despertarnos y levantarnos, y cuáles son entonces nuestras disposiciones.

¿Hemos pensado seriamente que Dios se complace de poseer las primicias de todas las cosas, y de consiguiente nosotros tenemos una estricta obligacion de hacer bien esta primera accion de cada día?

¿La hemos hecho con toda la prontitud y toda la diligencia que demanda la fidelidad de un buen servidor á quien llama su amo para emplearse en su servicio?

¿No hemos por pereza ó por puro recreo diferido por algun tiempo el levantarnos, sin atender á que la campana ha dejado de sonar, que ya se ha golpeado á nuestra puerta ó se nos ha encendido nuestra luz?

¿Hemos ofrecido á Dios, en el momento de despertar, nuestro primer pensamiento, nuestra primera palabra, nuestra primera accion?

¿Nuestra primera accion ha sido hacer sobre nosotros el signo de la cruz; nuestra primera palabra, el nombre de Jesús, María y José; nuestro primer pensamiento, de darnos del todo á Dios y de servirle bien?

¿Hemos sido fieles desde ese primer momento, á ejemplo de Jesucristo viviendo en el mundo, en tributar á Dios nuestros deberes de adoracion, de ofrenda, de amor y reconocimiento?

¿Nos hemos dado á Jesús para entrar en el celo que tenia El por destruir el imperio del demonio y del pecado y establecer el

reino de su Padre? ¿y hemos considerado que el dia presente sólo nos es dado con ese designio?

En fin, ¿hemos ofrecido á Dios todo lo que debemos hacer en el nuevo dia? ¿y nos hemos abandonado enteramente á El para no vivir más para el mundo, ni para nosotros mismos, ni para el pecado, sino sólo para El en Jesucristo? *Viventes Deo in Christo Jesu.* (Rom. vi).

TERCER PUNTO.

¡Qué injusticia, Dios mio, de no trabajar para santificar nuestros actos de despertar y levantar! ¡Qué ingratitud, despues de tantos beneficios, rehusaros las primicias de cada dia, que Vos deseais con tanta solicitud! ¡Qué ceguedad de no utilizar bien una accion en la que está cifrado nuestro mayor interés, puesto que de ella depende el buen suceso de todas las otras! Que yo la aproveche, oh Dios mio, de una manera que sea digna de Vos; y á fin de que yo me estimule á utilizarla siempre, grabad bien en adelante en mi corazon esta santa instruccion (1): *Da Domino primitias diei tuæ; erit enim tota illius, qui prior occupaverit* (2): consagra á Dios las

(1) *Primitiæ Domini sunt.* (Num. xxxi).

(2) S. Clim. gr. 26. Num. 403.

primicias de vuestro dia, porque él pertenecerá al primero que de él haya tomado posesion.

EXÁMEN.

De las disposiciones que es preciso tener en orden al vestido.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la bondad de Dios, que ha dado al hombre los vestuarios para cubrirse y para defenderle de las injurias de las estaciones, cuyos rigores mereció soportar despues de su pecado. Adoremos esta misma bondad, que tambien quiso inspirar á su Iglesia el dar á los clérigos un santo hábito, que distinguiéndoles del resto de los hombres, y preservándolos de la corrupcion del siglo, les sea un memorial continuo de Jesucristo, quien, segun la expresion de san Gregorio Nazianceno, es el grande vestimento con que ellos deben estar convertidos y cercados por todas partes. *Christus magna sacerdotum tunica* (1). ¡Oh bello vestimento! ¡Oh riquísimo hábito (2)! ¡Qué reconocimiento y qué homenaje no debemos á Dios por una tal gracia!

(1) S. Greg. Naz. *Orat.* 40.

(2) *Christus pretiosum incorruptionis indumentum.* (S. Greg. *Ibidem*). Ornamentum nostrum et decus. (*Ibidem*).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué sentimientos y con qué disposiciones hemos nosotros tomado y llevado nuestros vestidos.

1. ¿Los hemos tomado con los sentimientos de penitencia que se ocultan bajo de nuestros hábitos, que nos son comunes con el resto de los hombres; y recordando que estos hábitos que no son sino las consecuencias y los efectos del pecado, no los debemos llevar sino lamentándonos sobre la pérdida de nuestra inocencia?

¿Los hemos llevado con confusion, mirándolos como restos de las bestias y despojos de los animales, bajo de los cuales nos colocó nuestra desobediencia?

¿Los hemos tomado con reconocimiento para con la infinita bondad de Dios, que nos los da mientras que tantos otros sufren y languidecen en la miseria y la desnudez?

¿No hemos con ellos buscado contentar nuestra delicadeza, componiéndolos con mucha elegancia, tal vez con el pensamiento de aparecer así ante el mundo en algunas ocasiones que pudiéramos desnudar la sotana?

¿No hemos aspirado en esto á conformarnos con el siglo y seguir sus modas en nuestros sombreros, en nuestro calzado, en nuestro alza-cuello y en nuestros vestidos,

en vez de imitar la modestia y la pobreza de Jesucristo?

2. ¿Hemos llevado la sotana con respeto (1), como un hábito de santidad que nos compromete á mostrar una vida ejemplar y más santa que el comun de los hombres? ¿La hemos llevado con amor, como un vestido que nos defiende de mil tentaciones, y que nos preserva del mundo y de una infinidad de peligros? ¿La hemos llevado con gozo, como un hábito de honor que nos desprende de la ignominia del hábito seglar, que nos hace traer las libreas gloriosas de nuestro divino Maestro, y que nos da rango entre sus fieles ministros?

¿Hemos deseado estar revestidos del espíritu de penitencia y de muerte para el mundo, de santidad y de vida divina, de perseverancia y de las otras virtudes, significadas por el hábito eclesiástico?

¿No hemos profanado su santidad con adornos seculares y superfluos, y nos hemos rebuscado demasiado para ostentarnos conformes con las gentes del mundo?

En fin, ¿tenemos la firme resolucion de llevar todos los dias este santo hábito que la Iglesia nos ordena no abandonarle jamás bajo muy grandes penas?

(1) *Habitus religiosus sancti nominis.* (S. Greg. *Hom. 17 in Evang.* Pontif. Roman. *Salvian. ad Eccl. cathol.* lib. 4.

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡qué dichosos seríamos nosotros si como estamos despojados del hábito ignominioso del siglo, á fin de vestirnos de la santa sotana, nosotros estuviésemos al mismo tiempo despojados del hombre viejo y revestidos del nuevo! ¡Oh mi Jesús, hacenos comprender bien todas las ventajas de este cambio, para que estando revestidos de vuestro espíritu, de vuestras virtudes y de Vós mismo, nosotros mostremos por nuestras costumbres todo lo que significa nuestro santo hábito, segun aquellas palabras que la Iglesia nos dice cuando nos lo da: *Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis.*

DE LA ORACION.

PRIMER EXÁMEN.

De la estima y del amor que á ella se ha de tener.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, perfecto adorador de su Padre, representándole sus deberes en la oracion, y poniendo todas sus delicias en este santo ejercicio. El no le podía suplicar en la eterni-

dad, porque le era igual en todas las cosas: El se abate en el tiempo y se hace hombre, para poderle rendir esta suerte de homenaje. Admiramos el celo con que lo hace; desde el primer momento que está sobre la tierra El ora, y El persevera en orar toda su vida, y quiere del mismo modo despues de su muerte residir en nuestros altares y en el cielo en estado de suplicante delante de su Padre: *Ut appareat vultui Dei pro nobis.* (Hebr. ix, 24). ¡Qué homenajes no debemos rendirle bajo este concepto!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es nuestra estimacion y nuestro afecto por la oracion.

¿La apreciamos como un ejercicio digno de los Angeles y como un favor insigne que Dios nos hace de sufrirnos en su presencia y de honrarnos con su conversacion?

¿La tomamos como un recurso en nuestras tentaciones, en nuestras penas y en nuestras enfermedades, como asilo seguro, remedio soberano y origen fecundo de toda suerte de bienes? Y en tal virtud, ¿vamos nosotros con gozo á la oracion, y sentimos pena cuando por algun motivo hemos sido obligados á suprimirla?

¿Somos nosotros contentos de prolongarla cuando se presenta la ocasion, y aun